MOTEZUMA.

TRAGEDIA.

Se hallará en la librería de Ranz, *calle de la Cruz.*

MOTEZUMA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

POR MASARA.

MADRID 1807.

PERSONAGES.

MOTEZUMA, *Emperador de México.*

LA EMPERATRIZ, *su esposa.*

EL SUMO SACERDOTE.

GUATIMOCIN Y OTROS DIFERENTES PRÍNCIPES INDIOS.

CACUMOCIN, *Rey de Tezcuco.*

HERNAN CORTÉS, *General de las armas españolas.*

PEDRO DE ALVARADO, GONZALO DE SANDOVAL, JUAN VELAZQUEZ DE LEON, ALFONSO DÁVILA, } *Capitanes españoles.*

SOLDADOS ESPAÑOLES.

ACOMPAÑAMIENTO DEL EMPERADOR.

La accion se representa en México en el alojamiento de Hernan Cortés.

DECORACION.

Salon magnífico del palacio real donde estuvo alojado Hernan Cortés, en cuyo frente habrá una puerta grande, bastante para que se dexe ver otro salon mas adentro. El frente principal estará pintado de plumas de distintos y hermosos colores, como que era la principal gala de los americanos.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO DE ALVARADO, GONZALO DE SANDOVAL, JUAN VELAZQUEZ Y ALONSO DÁVILA.

PEDRO DE ALVARADO Á UN SOLDADO.

Di al general, amigo, que aquí juntos
Su presencia impacientes esperamos.
Grande es la causa, ilustres compañeros,
Que este dia le mueve á convocarnos.
Hoy su genio inmortal, siempre fecundo
En nobles pensamientos y hechos altos,
Acaso quiere echar un sello heroyco
Al valor inaudíto de su brazo.

SANDOVAL.

Hace ya tiempo que su rostro oculta
Algun proyecto grande extraordinario.
Motezuma, que rey de treinta reyes
Soberbio empuña el cetro mexicano,
En medio del poder y la grandeza
De su imperio, tesoros y soldados,
Tiembla el nombre español; y aunque parece
Que nos prodíga un generoso trato,
Y que en su corte numerosa ostenta
Que nos honra, y nos llena de agasajos,
En su pérfido pecho negras miras
Á nuestro noble ardor está tramando.
Hernan Cortés observa cuidadoso
Todos sus movimientos y sus pasos:

Nada se oculta á su sagaz ingenio:
Sus artificios ve prudente y sabio,
Y habrá creido que ha llegado el tiempo
De dar un fin glorioso á sus trabajos.

ALVARADO.

¡Quan grande lo merece! Desde el punto
Que estos mares intrépidos surcamos,
Ningun género ha habido de peligros
Que nuestra vida no haya amenazado;
Ya peleando con la muerte horrenda
Entre los elementos irritados:
Ya sujetando indómitos salvages,
Mas feroces que tigres y leopardos:
Ya apaciguando entre nosotros mismos
El tumulto de algunos conjurados,
Que nunca faltan en la baxa plebe,
De injusta rebelion monstruos osados.
Pero Cortés en todas partes grande,
Jamas se acobardó con los trabajos:
Tranquílo en el furor de las tormentas,
Mira sereno el insondable caos
Que agitado amenaza sumergirnos
De su dominio en el inmenso espacio:
Á todos nos consuela y nos anima,
Al marinero, al tímido soldado;
Y acaso la serenidad de su gran pecho
Á todos nos libró de riesgo tanto.
En Cozumel hermana dos naciones
Por el odio apartadas muchos años:
En Zempoala, no con sangre vence,
Sino con la dulzura de su trato;
Pero Tlascala que resiste osada,
Y cerrar quiere de este imperio el paso,
Se humilla á nuestras armas vencedoras,
Y hecha amiga nos sirve de resguardo.

SANDOVAL.

¿Y que valor darán los venideros
Á la accion de quemar todas las naos,
Para que no nos quede otra esperanza
Que triunfar ó morir por alcanzarlo?
El terreno nos es desconocido,
Su idioma, sus costumbres ignoramos;
Así venciendo riesgos inminentes,
Asechanzas y pérfidos engaños,
Hemos llegado á la suprema corte
De estos reynos tan ricos y tan vastos.

ESCENA II.

UN SOLDADO.

Cacumocin espera.

ALVARADO.

Que entre, el gefe
No tardará en salir.

SANDOVAL.

Este hombre vano
Y arrogante, pretende con su orgullo,
Y el favor de su tio intimidarnos:
¿Aun no conoces nuestro genio altivo?

ESCENA III.

CACUMOCIN Y LOS DICHOS.

CACUMOCIN.

¿Y el general?

SANDOVAL.

Saldrá en muy breve rato.

CACUMOCIN.

Decid que yo le espero para hablarle
En nombre de mi augusto soberano:
¿Quando á contestaciones tan odiosas
Le darán fin los dioses sacrosantos?
Desde que habeis entrado en este imperio
Todo es desórden, confusion y espanto:
El grande Motezuma, el invencible,
Pues que siempre triunfó de sus contrarios,
Y semejante al Dios de las batallas,
Ninguno resistió su fuerte brazo,
¿Como pudo pensar que habia en la tierra
Otro monarca de poder mas alto,
Quando él creia ser señor del mundo,
Y como tal su nombre era adorado?
Mas de vuestra llegada á la noticia,
Quando oyó entre el temor y el sobresalto,
Que mas allá de esos inmensos mares
Hay mas hombres y reynos dilatados,
Desde cuyas regiones poderosas,
De aquí distantes infinito espacio,
Arrostrando la muerte habeis venido
En la suerte y un leño confiados,
Perdió el valor, la fuerza y energía
Que siempre distinguiéron su reynado.
Os han pintado aquí como deidades,
En cuya poderosa y fuerte mano
Forjais y despedis en un momento
Los truenos, los relámpagos y rayos;
Pero ya la experiencia nos ha dicho
Que sois como nosotros hombres flacos,
Sujetos al imperio de la muerte,

Pues que en nuestros altares sacrosantos
Hemos visto ofrecida vuestra sangre
Por víctima á los dioses soberanos.

ALVARADO.
Es verdad, no te engañas, hombres somos;
Pero á vosotros superiores tanto,
Que bastan pocos para hacer que tiemble
Otro imperio mayor que el mexicano.

CACUMOCIN.
Mucho os promete ciega la fortuna:
Pero como es el ídolo mas falso,
Temed que en medio de lisonjas tantas,
Os abandone quando esteis mas altos. 1

ESCENA IV.

HERNAN CORTÉS.
Nosotros despreciamos el destino,
La fortuna, la suerte y el acaso,
Y los ídolos todos fabulosos,
Cuyo poder es solo imaginario.
El Criador de todo el universo
Es solo nuestro Dios, á él adoramos,
Y siempre que emprendemos grandes hechos
Invocamos su nombre sacrosanto,
Que no faltó jamas á los que humildes
Con recto corazon buscan su amparo.
En su mano estan todos los imperios,
El los quita, y los da segun su agrado:
Con el favor del cielo, un buen consejo,
El valor y la espada en este brazo,
Ved si podeis temer.

1 Hernan Cortés habrá estado oyendo los quatro últimos versos, y va saliendo sin ser sentido.

CACUMOCIN.

Tambien nosotros.

HERNAN.

Yo no disputo, que executo y callo.
¿Que quereis? Despachad.

CACUMOCIN.

No sé que imperio
Tiene la voz que sale de sus labios,
Que me estremece; pero el tiempo llega
Que se deshagan todos sus encantos.
El grande Motezuma por mí os dice:
Que Qualpopoca el general osado,
Que en los confines de su vasto imperio,
Quebrantando imprudente sus mandatos,
Con vuestras tropas hizo hostilidades,
Ya llegó, y preso expía su atentado:
Esta satisfaccion, aunque contraria
Á la alta dignidad del soberano,
Es prueba de lo mucho que os estima,
Y por bien de la paz hoy quiere daros.
Á desterrarle va, y á exônerarle
De su empleo y de todos sus encargos,
Y sienta el duro y el enorme peso
Á los inobedientes decretado.

HERNAN.

Eso no basta para aquel que rompe
El derecho de gentes temerario:
Mis tropas justamente confiadas
De la amistad y paz en los tratados,
En el seno del ocio descansaban
Sin temer de enemigos el asalto;
Mas la infidelidad de Qualpopoca

Llegó hasta cometer el desacato
De atropellar las sacrosantas leyes
En que estriba la paz de los estados.
La vergüenza sufrió de ser vencido,
Y de ver á su exército anegado
En arroyos de sangre; así el cielo
Castiga la injusticia de los malos,
Convirtiendo en oprobrio aquello mismo
Donde piensan coger gloriosos lauros.
Pero como no alcanza este secreto
La mayor parte del linage humano,
Pues que estúpidos todos é ignorantes,
Solo ven los terrenos aparatos,
La justicia del hombre imita al cielo,
Y castiga el furor de los malvados,
Para que con exemplos vigorosos
Respete el mundo los sociales pactos.
Qualpopoca faltó con osadía
Al cielo, á su deber, á los tratados,
Y solo satisface con su sangre,
La heroyca que traydor ha derramado.

CACUMOCIN.

Quando el rey lo juzgó tuvo presente,
Y no olvidó ninguno de esos cargos.
¿Que mas se puede hacer con un caudillo
Que ha servido á la patria muchos años,
Desempeñando con ardiente zelo
Los primeros empleos del estado?
¿No es mas terrible que la misma muerte
En un hombre de méritos tan altos,
De la primer nobleza del imperio,
Verse sin honra, pobre y desterrado?
Y sobre todo quando el rey sentencia,
Ó declara el destino de un vasallo,

Los mismos dioses son los que le inspiran
En la opinion de todo mexicano.

CORTÉS.

Está bien que selleis vuestra obediencia
Con sumision tan justa al soberano.
Los reyes solo á Dios son responsables
Del supremo poder que les ha dado;
Y no estan obligados á dar cuenta
De sus acciones á ningun vasallo.
Pero quando otro rey mas poderoso
Pide satisfaccion de algun agravio,
No son las leyes patrias ni costumbres
Las que han de decidir en este caso,
Otro derecho universal mas fuerte
Exîge con imperio que expongamos
La vida de uno, y mas si es delinqüente,
Por conservar la paz de los estados.
Yo represento al rey mayor del mundo,
Y si con la razon no persuado,
Con las armas haré que se respete
El nombre augusto del invicto Cárlos.

CACUMOCIN.

Mas que de embaxador ese lenguage
Por un conquistador está dictado.
Dadme licencia, pues cumplí mi oficio,
Llevaré esa respuesta al soberano.
Estos hombres ocultan, santos cielos,
Designios que nosotros no alcanzamos.

ESCENA V.

LOS DICHOS.

CORTÉS.

Amigos y valientes compañeros,
De vuestra gloria el dia ya ha llegado:
Quanto hemos hecho para que inmortales
Nuestras acciones sean, fuera en vano,
Si no emprendemos obras que ni escritas
Se hallen de las historias en los fastos.
Llevar muchas riquezas á la patria
Son unos bienes de valor tan baxo,
Que si premian del hombre las fatigas,
No dan la ilustre fama de soldado:
Este es el alto objeto de los héroes,
Y á él tan solo nosotros aspiramos.
Atentos escuchad, amigos mios;
Pero ante todo quiero preguntaros
Si para la alta empresa que medito
Prontos os hallaré.

ALVARADO.

¿Podeis dudarlo?
Fieles al rey, leales á la patria,
Y ciegamente adictos á tu mando,
¿Que cosa habrá por grande y peligrosa
Que siempre valerosos no emprendamos?

TODOS.

Viva España y su gloria: manda al punto,
Que pendientes estamos de tus labios.

CORTÉS.

Pues sabed, compañeros, que he resuelto

Traer preso al rey hoy á este palacio: 1
Accion grande, y que juzgo necesaria
Á nuestra gloria: oidme, y sosegaos.
Ya habreis oido como Qualpopoca,
Con el pretexto de pasar cobrando
Los tributos impuestos á los pueblos,
Los desolaba bárbaro é inhumano.
Agoviados de enormes vejaciones
Los vecinos y amigos comarcanos,
La proteccion imploran de Escalante
Que en Veracruz estaba gobernando;
El les jura de nuevo su alianza,
Y del cruel azote libertarlos.
¡Quanto no hizo el capitan ilustre
Por reducir al opresor tirano!
Viendo que nada basta, fué preciso
Apelar á la fuerza, y sujetarlo.
Rompióse el fuego, y de la negra sangre
De los indios quedó teñido el campo;
Pero Escalante ¡ah jóven valeroso!
Con su muerte compró laurel tan alto.

ALVARADO.

¡Murió Escalante! ¡ah mi dulce amigo!
¿Quando la buena fe y el honor santo,
Y la amistad tendrá otro semejante?
Mas yo juro vengarte, amigo caro,
Y tu memoria infundirá en mi pecho....

CORTÉS.

Pues la causa es comun, queda á mi cargo
Vengar esta perfidia, y otras muchas
De estos indios crueles: preparaos
Para escuchar aun males mas atroces.

1 Todos se admiran.

Enmedio de la accion cayó cansado
De herir y de matar Pedro el Arguello,
Y prisionero en triunfo le lleváron.
Estos hombres mas fieros que los tigres,
Cuyos ciegos abusos han borrado
En sus almas las santas impresiones
De la razon con que nos ha dotado
El mismo Dios, entre solemne pompa,
Danzas y religiosos aparatos,
Al templo le conducen, ¡ah! ¡yo tiemblo!
Donde veneran á sus dioses falsos.
Sacrílego el ministro de su culto
Levanta impío sus inmundas manos,
Al ídolo infernal le sacrifica,
Y su sangre ofreció para aplacarlo.

TODOS.

¡Ah! ¡que horror!

ALVARADO.

¿Donde estan esos iniqüos,
Dónde se ocultan, porque solo basto
Á hacerles ver que nunca impunemente
Se hacen á un español tantos agravios?

CORTÉS.

Conozco bien, valientes capitanes,
Vuestro zelo y valor; pero guardadlo
Para la ocasion digna que medito,
Y en que mas necesito vuestros brazos.
Despues que dividiéron su cabeza,
Y en festin religioso devoráron
El cuerpo, que sirvió en el sacrificio
Como es costumbre en este imperio vasto,
Mandáron la cabeza á Motezuma
Como trofeo vil de su atentado.

Motezuma la mira con asombro,
Y miéntras mas la ve es mayor su espanto,
Hasta que por ofrenda á sus deidades
La manda, y cree que todos lo ignoramos.
Ved aquí los motivos poderosos
Que excitan mi furor, y por que os llamo.
Qualpopoca, aunque pese á Motezuma,
Hoy morirá en un público cadahalso;
Y el mismo emperador, por haber sido
Infiel á su palabra, y á los pactos,
Arrastrará cadenas miserables
Hasta que sea de España tributario.
Este es mi plan.

ALVARADO.

Tan grande como vuestro:
Yo lo apruebo, y prometo executarlo
Aunque mi sangre toda se derrame.
Hoy quedarán tus manes aplacados,
Ilustre amigo, y el honor de España
Desplegará de su explendor los rayos.

TODOS.

Para accion tan heroyca, y para todo
Quanto mandeis estamos preparados.

CORTÉS.

Oid el modo. Sandoval y Lugo
Vendrán conmigo, aquí Pedro Alvarado
Sobre las armas mantendrá la gente
Para el uso que fuere necesario:
De trecho en trecho algunos tlascaltecas,
Que nos sirven leales y bizarros,
Del pueblo observarán los movimientos,
Las acciones, palabras y los pasos,
Y cincuenta españoles escogidos....

SANDOVAL.

¿No mas?

CORTÉS.

¿Son pocos quando yo los mando?
Con esto, y puesta en Dios la confianza,
¿Quien dudará del mas feliz presagio?
Dios inmortal, que tienes por delicias
Con el hombre vivir y darle amparo,
Y que desde el principio de los seres
Revelaste tu culto sacrosanto,
Estos míseros pueblos sumergidos
En abismos de males exêcrandos,
Tu santo nombre ignoran, y detestan:
Del dragon infernal viles esclavos,
Ellos por un exceso abominable,
Le han dedicado templos y holocaustos,
Y con ritos sacrílegos usurpan
La gloria y el honor solo á ti dado.
No permitais benigno que en sus aras
Se ofrezcan mas cadáveres humanos,
Ni que su sangre empleen en libaciones
Su dignidad excelsa degradando:
Haz por mi medio, aunque instrumento débil,
Que caigan los impíos simulacros,
Y que piadoso en su lugar coloque
De tu Hijo eterno el estandarte sacro.
Vamos, amigos, que nos habla el cielo;
Su voz escucho, el tiempo no perdamos,
La cerviz humillemos de estos reynos
Para eterno blason de nuestros brazos:
Demos hoy que es propicia la fortuna
Á Dios las almas, y el imperio á Cárlos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DÁVILA, VELAZQUEZ.

DÁVILA.

En la torre mas alta de este alcázar
Acabo de observar los movimientos
De este pueblo agitado, y nunca he visto
Que el desórden llegase á tal extremo:
Tímidas las mugeres y afligidas
Cierran las puertas con gemidos tiernos,
Y á los terrados suben de las casas
Como esperando un infeliz suceso:
No se ve un mexicano, pues que todos
Quantos pueden del arco con el peso,
Guiados por las voces del tumulto,
Caminan presurosos á su estruendo.
¿Qual puede ser la causa? ¿Quantas veces
Entre los vivas de este inmenso pueblo,
Pasó Cortés á ver á Motezuma,
Sin que causase tan terrible efecto?

VELAZQUEZ.

Nuestra pena mayor es ignorarla:
Pero Alvarado llega.

ESCENA II.

ALVARADO.

Compañeros,
Cacumocin, animaos, es la causa

Del terrible alboroto que estais viendo.
Este príncipe altivo y orgulloso
Quiere extender el ponzoñoso aliento
Que abriga en sus entrañas inhumanas
En todos los confines del imperio.
Hoy que con el motivo de negocios
Encierra esta ciudad gentío inmenso;
Luego que vió á Cortés con los soldados
Entrar en el palacio, se ha resuelto
Á quitarse la máscara engañosa
Con que hasta aquí sus miras ha encubierto.
Mexicanos, ha dicho en voces altas,
Vamos hoy á romper los duros hierros
Que nos preparan estos orientales
De la amistad baxo el sagrado aspecto.
Ellos dicen que son embaxadores
Del monarca mayor del universo;
¿Pero con que señales se presentan?
Con armas destructoras y con hierros,
Desolando provincias y ciudades,
Y todo quanto encuentran destruyendo.
¿Y así piden la paz en el oriente?
Estos son enemigos encubiertos.
Mexicanos, segunda vez lo digo,
No nos quieren amigos, sino siervos:
Ellos han profanado el alto alcázar
De nuestro augusto emperador excelso,
Entrando el gefe con soldados y armas,
Que entre nosotros es crimen horrendo.
Acometamos ahora que son pocos,
Mueran, y muera el general con ellos:
Seguidme, vereis siempre mi plumage
De la gloria en el campo lisonjero;
Y que por el honor de nuestras armas
En vencer ó morir soy el primero.

DÁVILA.
Pues vamos á las armas, y no logren
De sus viles traiciones el efecto.
La prontitud en estas ocasiones
Es, capitanes, el mejor consejo.

ALVARADO.
Por si el delirio popular se aumenta
Cien españoles dexo ya dispuestos
Para salir á la primer noticia.

ESCENA III.

SANDOVAL Y DICHOS.

ALVARADO.
¿Y el general? acaba, ¿que tenemos?
¿Ha sucedido alguna desventura?
Pues de vuestra salida en el momento
Las voces de ese pueblo conmovido
Ha turbado la paz de nuestros pechos.

SANDOVAL.
Todo es felicidad, y nuestra empresa
Con su dedo invisible guia el cielo.
Llegamos, y el monarca poderoso
Nos recibió con rostro placentero.
¿Que quereis? españoles, dixo afable.
Cortés entónces, con severo aspecto,
Dixo: señor, el invencible Cárlos,
Cuya augusta persona represento,
No sufre que se ultraje su alto nombre,
Ni se manche la gloria de su reyno;
Y aunque grande perdona al que se humilla,
Con quien le ofende altivo es muy severo.

Yo no podré volver á su presencia
Si su honor fiel vasallo no defiendo.
Vuestras armas hiciéron el insulto,
Y creo que fuese sin dictámen vuestro,
De atropellar las leyes respetables
De la paz y alianza, acometiendo
Á mis soldados, cuyo ilustre gefe
Víctima ha sido de su heroyco aliento.
Lo sé, le dixo el rey, y su castigo,
Para satisfacerte, te prometo.
Tambien otro soldado valeroso
Quedó en aquel combate prisionero,
Y no ignorais que entre crueles penas
Sacrificado ha sido en vuestros templos,
Y su cabeza ha sido vil juguete
De la superstición y del desprecio.
Para expiar delitos tan enormes,
Perdonadme, señor, resuelto vengo
Á llevaros conmigo algunos dias.
¡Como! dixo el monarca de horror lleno.
¿Sabes quien soy? ¿Conoces mi grandeza?
¿Y que ahora mismo ese atrevido pueblo
Pide á voces beber de vuestra sangre
Si con mi vista yo no le sujeto?
Todo lo sé, replica nuestro gefe,
Que sois emperador de muchos reynos,
Que os respetan vasallos infinitos,
Y aman, como que sois señor supremo:
Y yo tambien vuestra persona augusta
Y regia dignidad venero atento;
Pero creo faltar á mis deberes,
Y á la grande nacion de que soy miembro,
Si no hago acciones dignas de su nombre,
Y de la fama que adquirir pretendo.
Resolvéos, señor: los españoles
Saben llevar al fin sus pensamientos,

É intrépidos morir por conseguirlos.
Tímido el rey exclama aquí á los cielos
Resignado, ¡ó deidades inmortales,
Vuestros sabios decretos obedezco!
Vamos, y en ademan magestuoso,
Aparentando un exterior sereno,
Abre un balcon, se asoma, hace una seña,
Se arrodilla y abisma todo el pueblo;
Dexa caer las armas de la mano,
Y sumergido en el mayor silencio
No se atreve á mirar del soberano,
Por acto de humildad, el noble aspecto.
Cortés me hizo venir con los soldados
Para que nada entiendan de este hecho,
Y él viene acompañando al gran monarca,
De su triunfo glorioso satisfecho.

ALVARADO.

De su valor, virtudes y pericia
¿Quien, amigos, pudiera esperar ménos?
¡Ah feliz inquietud cuyas resultas
Han producido gozo tan inmenso!
Pero ya nos anuncian su llegada. 1

1 Dentro caxas que tocarán marcha, é igualmente la orquesta hasta que se apee el emperador Motezuma: vendrá en unas andas magníficas que traerán quatro indios, los quales, así como la comitiva, se presentarán con la posible riqueza, capaz de que se forme una idea justa de la abundancia de aquel imperio poderoso. Luego que se baxa de las andas hace una seña á los suyos que se retiran con órden, excepto seis ú ocho que le acompañarán siempre que sale á la escena.

ESCENA IV.

MOTEZUMA, HERNAN CORTÉS, SANDOVAL, ALVARADO, VELAZQUEZ Y DÁVILA.

MOTEZUMA.

Bien puedes, español, estar contento:
Ya en tu poder está aquel rey de reyes
Que se creyó señor del universo,
Y cuya voluntad por muchos años
Fué regla y ley de inumerables pueblos.
Así lo quieren por desdicha mia
Los dioses protectores de este imperio:
Su eterna providencia ha sujetado
De tal modo la fuerza de mi aliento,
Que yo no me conozco, es un milagro
Verme tranquilo en este estado adverso:
Veamos ahora si ocultarse puede
Á vista de mi corte y de mi reyno.

CORTÉS.

Señor, este palacio suntuoso
Que erigió vuestro padre á su recreo,
Que vos mismo habitásteis muchos años,
Para gozar en su recinto bello
Mil placeres sencillos que en sí encierra,
Puede serviros de feliz pretexto.
Vosotros, capitanes, para quienes
La virtud y el honor es bien supremo,
Supongo mirareis tan noble huésped
Con la atencion que pide su respeto;
Sea su voz vuestra ley; yo os lo mando:
Hareis saber tambien al mismo tiempo
A todos quantos siguen mis banderas
Respeten y obedezcan sus preceptos,

Y á la guardia por órden, que permita
La entrada libre á todos los sugetos
Que vengan á tratar de sus negocios:
Á los ministros, grandes de su reyno,
Y á toda la familia del palacio;
Y si quereis aun mas, dictad vos mesmo
Quanto os agrade, y conveniente sea
Á vuestro real servicio y justo obsequio.

MOTEZUMA.
Haced que venga el gefe de mi guardia.

ESCENA V.

SALE DÁVILA *COMO Á AVISAR.*
Nunca dudé, magnánico guerrero,
De la pureza en todas tus acciones,
De tu palabra y nobles pensamientos.

ESCENA VI.

SALE DÁVILA *CON UN INDIO.*
Retira ya la guardia, y di en palacio,
Que queriendo dar pruebas de mi afecto
A mis huéspedes nobles, este dia
Residiré con ellos algun tiempo:
Me enamoran sus prendas generosas,
Y me encanta la historia de sus hechos;
Aquí lo mismo que en mi real morada
Haré justicia, y formaré el consejo. [1]

1 Váse el indio haciendo una profunda reverencia.

ESCENA VII.

LOS DICHOS.

MOTEZUMA.

Y pues que la ocasion es oportuna,
No la perdamos, y empecemos luego
A tratar los negocios importantes
Para que habeis venido.

CORTÉS. [1]

Lo primero
Que por preliminar de mi embaxada
Os pido, gran señor, es que al momento
Me entregueis al injusto Qualpopoca,
Para que sirva de terrible exemplo
Al mundo y á los hombres el castigo
Que á su cruel barbarie le he dispuesto.
Desde hoy conocerán los mexicanos
La fuerza poderosa del derecho
Que á las naciones liga unas con otras,
Y que dimana del poder eterno:
Y si hasta aquí sin leyes ni costumbres
Han sido del error esclavos ciegos;
Si se ha visto correr la sangre humana
En las inmundas aras de sus templos;
Si se han autorizado los delitos
Por la ignorancia y la pasion sin freno:
Mi rey, el mismo Dios, que ve zeloso
Desde la altura de su eterno asiento
Las miserias del hombre degradado
Al ser de brutos, siendo su embeleso,
Me mandan disipar las negras sombras

1 Con gravedad.

Que la faz obscurecen de este imperio:
Hacer que brille la justicia santa,
De su mision es el primer objeto:
Entregadme al instante á Qualpopoca.

MOTEZUMA.

¡Que idioma es este que oigo, santos cielos!
El furor y la cólera me abisman:
¿Soy yo el emperador de este emisferio?
¿Soy aquel mismo al que millones de hombres
Ni aun á mirar se atreven por respeto?
Hombre, ó deidad, que todo lo pareces,
Que así te eriges en juez supremo
De mis dominios y de mis vasallos,
¿Que poder es el tuyo que no acierto
A darte la respuesta que merecen
Tus palabras, y el tono que en ti advierto?
¿Sabes que soy el rey? di, ¿me conoces?
¿Y que á pesar del superior secreto
Con que me has dominado, temer debes
Si de quien soy alguna vez me acuerdo?
Basta á tu corazon el noble triunfo
De tenerme á tus órdenes sujeto,
Y no exîjas de mí otros sacrificios,
Que me humillen á vista de mi pueblo.
Nunca haré lo que pides, ni lo esperes
En tanto que mi mano empuñe el cetro.

ALVARADO. [1]

Ya veis que la razon no es suficiente [2]
Para domarlos: hable ya el acero.
A morir ó vencer hemos venido;

1 Con resolucion.
2 Á Cortés.

¿Pues en que, ó general, nos detenemos?
Con persuadirlos nada se adelanta.

CORTÉS. [1]

Esto ha de ser, gloriosos compañeros.
Todos sabeis lo mucho que me cuesta
Teñir con sangre humana mis trofeos;
Al cabo son criaturas racionales,
É hijos de Dios como nosotros mesmos.
Pero si no se rinden sin la fuerza,
Aunque la pese al alma á ella apelemos.

MOTEZUMA.

Ellos son atrevidos::: ¡Dioses santos!
¡Suerte infeliz! Cedamos á su riesgo.
Que al español se entregue Qualpopoca. [2]
¿Quereis mas? ¿Estareis ahora contentos?

CORTÉS.

¡Oxalá y yo pudiera sin las armas
Suavizar sus costumbres como Orfeo!
Vamos, voy á explicaros mis designios
Que la necesidad hará violentos.
Dios inmortal, mirad por vuestra causa,
Ella sola ha inflamado mis deseos.
Desde hoy llamo á este mundo *nueva España*:
Pues su culto y sus leyes radiquemos.

ESCENA VIII.

MOTEZUMA.

Sentado sobre el trono mas brillante
Me ha visto el mundo, y en la misma pompa;

1 Despues de alguna suspension.
2 Á un indio que saldrá al punto.

Pero los dioses, cuyo imperio adoro,
Los grandes planes del poder estorban:
Ya está la suerte echada, y es preciso
Que el corazon á todo se disponga.
Acaso no habran visto las naciones
A un rey tan grande y de tan alta gloria
Sujeto en medio de su mismo imperio
A estado y situacion tan vergonzosa.
Yo quisiera obcecar al extrangero
Con el rico aparato que me adorna,
Con mi glorioso nombre, mis tesoros,
Tantos vasallos que mi solio adoran.
¡Mas ay, que esta exterior magnificencia
Detiene poco su atencion heroyca!
Me resuelvo á oponerme á sus intentos,
Y un impulso secreto me lo estorba:
No es temor, no, porque pasion tan baxa
No se alimenta en almas generosas.
¿Pero quien es?

ESCENA IX.

MOTEZUMA, EL SUMO SACERDOTE Y GUATIMOCIN.

SACERDOTE.

Quien os respeta y ama,
Y pretende afianzar vuestra corona.

GUATIMOCIN.

Y yo que os pido en nombre de los grandes
Dexeis libre al valiente Qualpopoca:
Todos juntos humildes os suplican
No permitais se entregue su persona
A la venganza de estos extrangeros,
Que le temen quizás por sus victorias.

MOTEZUMA.

Ya es tarde.

GUATIMOCIN.

¡Ah, gran señor!...

MOTEZUMA.

La suerte impía....
Cruel dispone lo que el alma llora.
¿Y el oráculo santo que responde? [1]

SACERDOTE.

Jamas con oracion mas fervorosa
Se ha invocado, señor, su patrocinio
De su presencia en la mansion devota.
Todos los sacerdotes humillados
Entre las mas augustas ceremonias,
Y anegados en lágrimas amargas
Por vuestro reyno su favor imploran:
Se encendiéron las lámparas sagradas,
Y en el divino fuego las aromas,
Que llevando hasta el cielo sus perfumes
Nuestros ruegos en ellos reconozcan.
Cien prisioneros de los mas ilustres,
Fruto de nuestras armas victoriosas,
Hemos sacrificado en sus altares:
Su sangre salpicó las aras todas,
Y cien cabezas mas las altas torres
Del santuario pálidas coronan.
Ya la divinidad pronta se anuncia,
Y al cielo cubren horrorosas sombras,
Se estremece el sagrado pavimento,
Y del trueno las voces espantosas

[1] *Al Sacerdote.*

Tan tremendas se escuchan, que parece
Que el mismo firmamento se desploma.
En medio de aparato tan terrible
El oráculo habló: todos se postran
A la voz del eterno, y éstas fuéron,
Gran señor, sus palabras misteriosas:
El tiempo llega ya que en el ocaso
Resplandezca la antorcha luminosa,
Cuyos rayos de luz desde el oriente
Reparte otra deidad mas poderosa.
Hasta aquí se entendió el divino acento,
Y aunque nuestros talentos se redoblan,
Enmudeció el oráculo sagrado,
Y á nuestra confusion nos abandona.

MOTEZUMA.

¡Ah, que ideas tan tristes me acometen!
Me falta el brio, el ánimo se postra.
¿Y no podrá aplacarse de algun modo
De los dioses la saña rigorosa?

SACERDOTE.

Sí, gran señor.

MOTEZUMA.

Decidlo, ¿de que suerte?

SACERDOTE.

Quando tambien del extrangero corra
La sangre en sus altares sacrosantos.

MOTEZUMA.

¡Siendo amigos!

SACERDOTE.

Aunque ese nombre toman,
Sus proyectos son otros.

MOTEZUMA.

Y mi palabra....

SACERDOTE.

Quando la ley sagrada no la apoya,
Y es dada con violencia, no os obliga.

MOTEZUMA.

Dexadme entre mis penas horrorosas.

GUATIMOCIN.

¿Que respondo, señor?

MOTEZUMA.

Ya está entregado.
¿Habrá quien á mis órdenes se oponga?

GUATIMOCIN.

¡Infeliz!

SACERDOTE.

¡Quantos males, dura estrella,
Al hombre ofreces en amarga copa!

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CORTÉS, ALVARADO, SANDOVAL, ACOMPAÑAMIENTO DE SOLDADOS ESPAÑOLES, Y ENTRE ELLOS UNO CON UNOS GRILLOS.

SANDOVAL.

¿Habeis creido que los hierros pueden
Mudar de Motezuma las ideas?

CORTÉS.

Lo creo : y he tomado estas medidas
Por no valerme de otras mas sangrientas.
No me culpen los hombres venideros
De esta arrojada accion, aunque parezca
Que abuso en ella de la confianza
Con que el emperador á mí se entrega,
Porque no quiero usar de espada ó bronce
Miéntras con otras armas vencer pueda.
Aquellos héroes que conquistan reynos,
Y á fuego y sangre todo lo atropellan,
¿De que triunfan? tan solo de cenizas,
E imperios grandes en desiertos dexan.
Si yo venzo sin muertes y sin sangre,
Es mayor triunfo y gloria mas completa,
Y darle al rey provincias con vasallos
El noble objeto fué de mis tareas.
¿Que me costaba convertir en polvo
La enorme masa de ciudad tan bella,
Y entregar sus millares de habitantes

Del dragon infernal á la inclemencia?
Nada mas que atizar esos volcanes,
Que es el aliento de la triste guerra:
Preso el rey, los reduzco; y un castigo
Basta á impedir que mucha sangre vierta.

SANDOVAL.

Apoderados de la real persona,
Sujetaremos la nacion entera.

ALVARADO.

Vean á su rey con grillos en Xaidory,
Que jamas han cumplido sus promesas,
Siempre se presentáron como amigos,
Y siempre han acabado como fieras.
La experiencia nos ha desengañado
De que solo se rinden á la fuerza.
Pero el emperador...

ESCENA II.

MOTEZUMA CON ACOMPAÑAMIENTO DE INDIOS, Y DICHOS.

CORTÉS.

Los delinqüentes,
Que la ley amistosa de las treguas
Rompiéron atrevidos, de su crimen
Van á sufrir la justa recompensa.
Condenados á muerte ignominiosa,
He mandado executen la sentencia
En público, y á vista de palacio,
Para que á todos escarmiento sea.
Los cuerpos abrasados por las llamas,
Luego que en frias cenizas se conviertan,
Por el viento veloz serán llevados

En átomos menudos por la esfera,
Porque no queden de ellos ni aun reliquias
Que animen á otras bárbaras empresas.
Pero, señor, sabed, que esos malvados,
Al mismo tiempo que la accion confiesan,
Por un recurso de traydoras almas,
Dicen, que vuestras órdenes secretas....

MOTEZUMA.

Calla: tambien querrás hacerme causa:
¡No te estremece esa terrible idea!
¿A un monarca, tan solo responsable
De su gobierno á la deidad suprema,
Te atreves?... ¡Ah, que abismo de desgracias!
El temor me perturba y enagena.
Númenes santos, proteged mi vida:
Las ansias de la muerte me rodean.

CORTÉS.

Sé que los reyes nunca estan sujetos
En sus excesos á ordinaria pena,
Pero sí á la venganza del Eterno,
Cuya justicia y sabia providencia
Dispone su castigo por caminos
Que el hombre ni conoce ni penetra:
Sé tambien, que el derecho sacrosanto
Que de los hombres el destino regla,
Con lazo indisoluble ata sus manos
Para que nunca á su monarca ofendan.
Pero entre dos naciones, la mas grande
Siempre dió leyes á la mas pequeña.
Hé, ponedle esos grillos.

MOTEZUMA.

Infame, ¿que haces? 1

1 Al soldado.

ESCENA III. [1]

MOTEZUMA.

Oye, Cortés, amigo, ¿así me dexas?
Se ha ido: ¡ó cielos! ¡todos me abandonan!
¡Cruel destino! ¡miserable estrella!
¡Yo de este modo como infame reo
Preso! ¡y vilipendiada mi grandeza!
¿Y hay justicia en los dioses? No es posible
Quando permiten tan enorme afrenta.
Todo contra mi vida se conjura,
Los hombres, y los cielos, y la tierra:
Dadme las armas, que sufrir no puedo
Esta vida infeliz de oprobrio llena. [2]
Matadme por piedad: yo os lo perdono;
Muera monarca si el morir es fuerza,
No se gloríen estos orientales
De que empapáron con impia violencia
Sus sacrílegas manos en la sangre
De vuestro rey; á vuestras manos muera...
¿Pero donde el furor me precipita?
¡Dios inmortal, tened de mí clemencia!
¿Qual es el corazon tan elevado
Que pueda tolerar con faz serena
El rápido descenso en solo un dia
Desde el trono á las míseras cadenas?
Así estará grabado en los decretos
De vuestra sabia eterna providencia,
Cuyo impulso secreto es quien me humilla,
No el español por grande que parezca. [3]

1 En tanto que le ponen los grillos todos los indios vuelven la cabeza, y se la cubren con el manto. Cortés le vuelve la espalda, y se va con los suyos.

2 Arrodíllanse los indios profundamente.

3 Siéntase.

ESCENA IV.

UN SOLDADO Y LOS DICHOS.

SOLDADO.

Señor, la Emperatriz.

MOTEZUMA.

¡Esto mas, cielos!
Compondré mi exterior porque no vea
La imágen del dolor en mi semblante.
Está bien. 1

ESCENA V.

Dulce esposa de mi vida,
¡En que estado tan misero me encuentras!
¡Que diferencia del augusto solio,
En donde por fortuna mas risueña
Me has visto recibiendo adoraciones,
A esta vil situacion que me atormenta!

ESCENA VI. 2

LA EMPERATRIZ, CACUMOCIN, Y LOS DICHOS.

EMPERATRIZ.

Gran señor, ¡es posible! ¿así abandonas
Vuestra familia y la morada regia
Para vivir entre unos extrangeros,

1 Al soldado que al instante sale.

2 Los tambores y música tocarán marcha hasta que baxe de las andas la Emperatriz, que saldrá con el mismo acompañamiento y ceremonias que Motezuma.

De cuyo horrible plan hay muchas pruebas?
¿Que bien os puede dar la compañía
De hombres que vienen de remotas tierras
A quitarnos con nombres engañosos
El reposo, la paz y las riquezas,
Aunque no escondan en su astuto pecho
Proyectos de mas tristes conseqüencias?
Volveos, señor, conmigo, yo os lo ruego:
Venid al seno de una esposa tierna,
Y de unos hijos caros, solo apoyo
Que al hombre sirven en la suerte adversa.

MOTEZUMA.

Nada temas, señora; bien conoces
Que para hablar el tiempo nos estrecha
Con el embaxador del rey de oriente,
Para que salga pronto de mis tierras.
Con este fin ocupo este palacio,
Y sin dexar mis públicas tareas,
Al mismo tiempo que mi imperio rijo,
Gano un amigo de tan altas prendas.

CACUMOCIN.

Es verdad, gran señor; pero entretanto
Con insensible maña se apoderan
De vuestra autoridad, é imponen leyes
Donde como enviados se presentan.
Despertad del letargo soporoso
Que de vuestra razon el uso enfrena.
Soy vuestra sangre: perdonad si acaso
Mi voz se excede en la imperial presencia;
Pero el amor y la lealtad me mandan,
Sin que la magestad lo juzgue ofensa,
Que os descubra los riesgos inminentes,
Que no á vos solo, sino á todos cercan.
Ellos han encendido un voraz fuego,

Cuyas llamas al alto cielo llegan,
Para abrasar en ellas á un vasallo,
Que solo por ser fiel sufre esta pena.
Vos lo sabeis, señor; con vuestro sello,
Que aun los vasallos tímidos respetan,
Se hace públicamente una justicia
Que vuestro pecho en su interior detesta,
Y un general exemplo de leales
Con ignominia permitis que muera.
Ellos pintan con hórridos colores
Su infraccion al derecho, y su violencia,
Piden satisfaccion por una muerte,
Y de tantas que han hecho no se acuerdan.
La santa religion de nuestros padres,
Que radicada tiene su creencia
Profundamente en nuestros corazones,
Despreciada se ve por su soberbia;
Y los templos, morada sacrosanta
De nuestros dioses tutelares, tiemblan.
¡Que dolor tan acerbo será el nuestro
Si los hados crueles nos conservan
Para ver profanadas nuestras aras,
Y los adoratorios sin ofrendas!
¡Ah, señor! [1] ¿Mas que veo? ¡Santos dioses!

EMPERATRIZ.

¿Que situacion, amado esposo, es esta?
¡La magestad hollada de este modo!
¡Vos aherrojado y en tan vil afrenta!
¡Sin que los cielos que á los reyes guardan
Tomen por suya tan enorme afrenta!
Ya se acabó mi gloria, ya la vida

1 El emperador al oir esto levanta las manos y los ojos al cielo lleno de confusion, y despues de una pequeña suspension la Emperatriz y Cacumocin reparan en los grillos.

Me es insufrible, ya su fin se acerca.
¡Ay dulce esposo, vos entre prisiones,
Preludios tristes de mayores penas!
Venid, perjuros, hombres inhumanos,
Dadme á mi esposo, ó á vuestras manos muera.

MOTEZUMA.

Calla, señora, de los santos dioses
Esta es la voluntad; su providencia,
Que rige los destinos de los hombres,
En mí con claridad se manifiesta.
Ellos me han declarado por la boca
Del oráculo santo que no yerra,
Esta horrible catástrofe que miras,
Del corazon los ímpetus sujeta,
Pues qué mortal podrá vivir seguro
Del fallo que en los cielos se decreta.
Siempre que hablan los dioses es en vano
Oponer una débil resistencia.

CACUMOCIN.

Son oráculos falsos; nunca el cielo
Protege de los hombres la violencia.

EMPERATRIZ.

Aplaquemos su cólera ofreciendo
Mil sacrificios que á piedad los mueva.
En las concavidades de sus templos
Resuenen nuestras voces lastimeras:
Llene el humo sagrado del incienso
El lugar que consagra su presencia;
Y nuestras puras lágrimas aneguen
Del santuario la morada excelsa.
Esta para los dioses irritados
Es la mas grata y la mejor ofrenda.

Y si á los extrangeros mueve el oro,
Su corazon saciemos de riquezas.
Pérfidos, ¿esperabais su venida
Para envolverle en tan atroz miseria?
¡Ay infeliz! ¡ay hijos desdichados!
Venid á ver el fausto y la grandeza
De vuestro padre á qué se ha reducido:
Mas no: ¡quien os ahorrára tantas penas!

CACUMOCIN.

Todo es inútil, llantos y suspiros,
Y tambien lo será si á ellos se apela;
Aun os adora el pueblo, y cien mil hombres
Dar la vida por vos fieles desean.
Árdase este palacio en vivas llamas
Si ántes vuestra persona se liberta.
Y quando escapen de tan gran peligro,
Cortémosles los puentes, todos mueran;
Sitiémosles por hambre, no haya medio
De los que inspira la cruenta guerra
Que no se ponga en práctica, venenos,
A cuya actividad cruel perezcan:
Asechanzas continuas dia y noche
Que el dulce sueño nunca les consienta:
Quítensele las aguas, y si beben
Una mortal ponzoña se eche en ellas;
Y aunque los sacrificios no se olviden,
Porque los dioses el valor protejan,
Activos entretanto é infatigables,
Démosle impulso á todas nuestras fuerzas,
Pues á todos su patria, sus hogares,
Su religion, costumbres y riquezas
Conservar en borrasca tan terrible
Como á vos, gran señor, les interesa.

ESCENA VII.

LOS DICHOS.

MOTEZUMA.

Escucha mis consejos, imprudente....
Pero se fué: ¡ah! ¡que todo el mal aumenta!
Su juvenil ardor le precipita,
Y donde hallar algun remedio espera,
Puede que encuentre nuevos precipicios
Que quiten la esperanza que nos queda.

EMPERATRIZ.

¡Ah, señor! vuestra vida solamente
Y vuestra libertad mi pecho alteran:
Mi amor desmaya á la terrible vista
De veros amarrado con cadenas.
¡Suerte desventurada! ¿y es posible
Que por decreto de tu ley severa
Trates la magestad del mismo modo
Que á un delinqüente esclavo de las penas!
Deidad engañadora, desdichado
Del que se fia en tu voluble rueda.

MOTEZUMA.

No os entregueis así á los sentimientos
Que en vuestro tierno corazon se hospedan:
Vuestro dolor aumenta mi quebranto,
Y de Cacumocin la ira funesta
Me hace estremecer: ya hemos pensado
Que es inútil qualquiera resistencia
Con los hijos del sol que del oriente
Vienen guiados de feliz estrella.
¿Y para que hacer nuevas tentativas
Con seres invencibles? La paciencia,

Y el supremo favor de las deidades
Quizá nos abrirán mas clara senda:
Elevemos el alma entre los males,
Y mi constancia real en ellos vean.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS Y ALVARADO.

ALVARADO.

Señor, el general....

EMPERATRIZ.

Calla inhumano:
¿Aun vienes á insultar nuestra miseria?
¿Vienes á recrear tu feroz alma
En el exámen de esta triste escena?
Mira esos hierros, obra de tus manos,
Que ajan la magestad y la inocencia.
¿Que quiere el general? ¿pide la muerte
Del monarca que lleno de grandeza
En premio de hospedarle en su palacio
Se ve arrastrando míseras cadenas?
Perjuros, inhumanos....

MOTEZUMA.

Calla, esposa:
No extrañes el dolor que la enagena.

ALVARADO.

Yo, señora, no estoy autorizado
Para dar á esos cargos la respuesta:
Pero en tanto admirad de nuestras obras,
Y de nuestra piedad la diferencia.
Si fuéramos vencidos, nuestra sangre
No bastaba á saciar vuestra fiereza;

Y vencedores, nuestra mayor gloria,
Siendo posible, es conservar la vuestra.

MOTEZUMA.

Dí, ¿el español que quiere?

ALVARADO.

Que llameis
Para negocios de alta conseqüencia
Á vuestra corte, y grandes del imperio.

MOTEZUMA.

¿Y he de comparecer en su presencia
Sin la pompa real que me distingue,
Y envilecido así? ¡Ah! no lo creas.

ALVARADO.

Señor, el general que esto os suplica
Es tan sensible, y tiene alma tan bella,
Que no permitirá que vuestra corte
En esta humilde situacion os vea.
Quizás habrán cesado los motivos
Que le dictáron esta providencia:
Ponéos en sus manos generosas,
Y estad seguro de sus nobles prendas. 1

ESCENA IX.

LOS DICHOS.

EMPERATRIZ.

¡Como ocultan sus frases engañosas
El negro plan que abortan sus ideas!
De vuestra libertad ahora tratemos,

1 Vase.

Y de salvar vuestra persona excelsa.
¿Que dirán los ministros y los grandes
Que adoran vuestras órdenes supremas,
Quando os miren el rostro descompuesto
Del interno dolor con claras señas?
¡Oh! recobrad la dignidad heroyca
Que habeis perdido en esta breve ausencia,
U ocultaros por siempre de su vista,
Porque la magestad no se envilezca.
Yo hablaré al oriental, y si es preciso
Con lágrimas, con ruegos, con ofertas
Ablandaré su corazon de mármol,
Porque á mi caro esposo me devuelvan.

MOTEZUMA.

¡Ah! que el hado cruel ha declarado
Contra mí inexôrable su inclemencia.
Por todas partes fúnebres señales
A el alma agitan, y sin paz me dexan,
Y mi mayor contrario no es el hombre,
Dentro del pecho mi enemigo reyna.
En el silencio de la noche, quando
Todos á un sueño plácido se entregan,
Yo solo velo, y los espectros tristes
Mas horrorosas me hacen las tinieblas.
Ya me anuncian que el cetro poderoso
De este imperio infeliz no será herencia
De mis hijos amados; á otras manos
Pasará que mas dignas lo merezcan.
Los oráculos ó han enmudecido,
Ó en vez de profecías lisonjeras,
Muertes indican con obscuras voces,
Y que á otro pasa la imperial diadema.
Los varones que habitan en los montes
Entre la austeridad y penitencias,
Y que por sus virtudes eminentes

Lo por venir el cielo les revela.
Del mismo modo con sublime idioma
Sus tristes vaticinios me interpretan. 1
Á llorar vamos nuestra suerte amarga;
Y pues ni aquí, ni el centro de la tierra
Puede ocultarme del rigor del cielo,
Que lo ve todo con su faz inmensa,
Piedad, dioses eternos, y mi pueblo
Con rey mejor mas suntuoso sea.

1 Levántase apoyado en la Emperatriz, y se va poco á poco diciendo:

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

CORTÉS, SANDOVAL Y ALVARADO.

SANDOVAL.

Ya con su muerte el bárbaro asesino
Sirve á todos de público escarmiento.

CORTÉS.

¡En fin que la fortuna lisonjera
Aun nos presenta favorable aspecto!

ALVARADO.

Siempre de los culpables el castigo
Causa terror, y doma al mismo tiempo
El corazon feroz de los malvados,
Que no conocen de la ley el freno.

CORTÉS.

Si las públicas penas intimidan,
El aparato aun hace mas efecto:
Y no en vano las leyes protectoras
De la paz y ventura de los pueblos,
Este horrible espectáculo disponen
Para que quede en ellos mas impreso,
Á vista de un infame cadahalso
El horror al delito y odio eterno.
Entre los movimientos agitados,
Y compasion que causa en nuestro pecho,
Ver espirar á un hombre á sangre fria
Entre el dolor, la afrenta y los tormentos,

Todos aplauden la justicia santa
De sus conciencias en el fiel secreto.

SANDOVAL.

Así la execucion llenó de asombro:
Miraba el pueblo en el mayor silencio:
No ha habido morador en el recinto
De esta hermosa ciudad, que del suceso
No haya sido testigo: todos, todos
Sin distincion de estado, edad ni sexô;
Pero en este concurso numeroso
No se oyó voz, suspiro ó leve acento,
De la inquietud del alma precursores,
Ó de algun interior desasosiego.
Sobrecogidos del terror y espanto,
Y los ojos clavados en el reo,
Se vió por su respeto religioso,
Que por castigo lo tenian del cielo.

CORTÉS. [1]

Que venga el rey que quiero consolarle,
Pues de España el honor vengado dexo.
Con este primer golpe intimidados,
Conseguiré que formen el concepto
Que se debe al valor de nuestras armas,
Del gran Cárlos guiadas por el genio.

ESCENA II.

LA EMPERATRIZ Y LOS DICHOS.

EMPERATRIZ.

¿Que quieres á mi esposo? Has inventado
Algun género nuevo de tormentos

[1] A Alvarado que entra al instante á la habitacion de Motezuma.

Para humillarle mas y envilecerle
Á la vista de todo el universo?
¿De que generacion sois descendientes?
¿Quien sois? ¿á que venis? ¿qual es el reyno
Que produce soldados semejantes?
¿Pensais acaso en usurpar el cetro
De estos dominios que los altos dioses
Siempre protegen con ardiente zelo?
Sagrados manes de los hombres grandes,
De vuestra patria por la gloria muertos,
Baxad de las moradas celestiales,
Á animar los intrépidos guerreros
Prontos á derramar su sangre toda
Por defender sus leyes y gobierno.
Sí, no creais tan fácil su conquista,
Pues si hasta aquí la novedad, el miedo,
La incertidumbre sobre vuestro orígen,
Y de terribles armas el manejo,
El valor mexicano han sorprehendido,
Temed que acaso se descorra el velo
Que nos cubre, y el arte encantadora
Que os hace obrar prodigios estupendos.
Nada importa que esteis apoderado
De la persona de mi esposo excelso;
Aun quedan muchos dignos de este solio,
Que vengarán con generoso aliento
La afrenta que habeis hecho á su monarca,
Ídolo amado de este grande imperio.
Mas si la sed del oro os ha traido,
Y es de vuestros trabajos el objeto,
Llevad á vuestra patria las riquezas
Que ofrece á manos llena este suelo:
Devolvedme al instante al dulce esposo,
Que yo entregaros tantas os prometo,
Que excedan las mayores esperanzas,
Y sacien si es posible los deseos.

CORTÉS.

Yo respeto, señora, de una reyna
Y tierna esposa el justo sentimiento,
Y no me ofenden vuestras quejas tristes,
Porque son hijas del dolor acerbo.
Mas juzgarme capaz de unas acciones
Que no sean dignas del honor mas terso,
Y que me impidan el glorioso paso
De la inmortalidad al noble templo,
De un español bizarro no es la idea,
Ni las baxezas caben en su pecho.
No lo dudeis, señora, si á otros hombres
La fortuna en mi caso hubiera puesto,
Sin oir las políticas razones,
Ni de la humanidad los tristes ecos,
Ya no exîstiera esta ciudad hermosa,
Ya no habria en ella alcázares soberbios,
No sería mas que escombros y cenizas
De muchos hombres un sepulcro horrendo.
Así se han conquistado en el gran mundo
De donde yo he venido los imperios.
Todos los héroes que la trompa augusta
De la fama celebra por sus hechos,
Han escrito su historia con la sangre
Del hombre miserable, y todos ellos
Se llaman grandes, y á su nombre altivo,
Qual al de una deidad, se ofrece incienso.
Yo pude hacer lo mismo sin delito,
Y autorizado con dos mil exemplos,
Arrasar las provincias dilatadas
De estos dominios con el voraz fuego
Que obedece á mi voz; pero mi alma,
Aunque la envidia le eche un borron negro,
Prefiere otros caminos mas suaves,
Y el furor guarda para el caso extremo.

Riquezas me ofreceis. ¡Ah, gran señora!
Á pechos como el mio no moviéron
Jamas esos cuidados reservados
Á la codicia del pirata fiero:
Y no faltan naciones en la tierra
Que prefieren del oro el embeleso,
Á la gloria sin mancha de un soldado;
Pero las naves de mi invicto dueño
Llevar su nombre de uno al otro polo
Tan solo tienen por feliz empleo.

ESCENA III. [1]

EMPERATRIZ.

¡Ay esposo que son inexôrables!
Ni amenazas, ni ofertas, ni los ruegos
Mueven su corazon empedernido.

CORTÉS.

Lo que he de hacer, señora, por mí mesmo
No quiero que á otra causa se atribuya.
Ya estais libre, señor; desde el momento [2]
Podeis volveros al palacio augusto
De vuestro solio permanente asiento.
Ya veis como no soy inexôrable, [3]
Y que merezco otro mejor concepto.

MOTEZUMA.

Español generoso, amigo mio,
¡Yo libre! ¡Es cierto, ó dioses, lo que veo!
Ven á mis brazos, y el glorioso signo

1 Motezuma se dexa ver apoyado de Alvarado, y van á recibirle Cortés, y la Emperatriz se pone tambien á sostenerle. Sale.
2 Le quita él mismo los grillos.
3 A la Emperatriz.

De mi eterna amistad recibe en ellos.
Pide, que yo te juro por mi vida,
Y por lo mas sagrado que venero,
No faltarte jamas á la palabra
Que de mis dioses en presencia empeño.
¿Quieres reynar? Elige en mis estados,
En los grandes dominios que poseo,
Las provincias mejores, y recibe
De tus virtudes el debido primero.

CORTÉS.

Señor, yo de un monarca fiel vasallo
Á engrandecer su nombre solo vengo:
El me ha dado navíos y soldados,
Y en mi lealtad su confianza ha puesto.
¿Como hacerle traicion á sus bondades
Pudiera, y á mis nobles sentimientos?
¡Ah! nunca mancharé la opinion mia;
Por rey y patria es todo lo que emprendo.

MOTEZUMA.

¿Y tiene como tú muchos vasallos?

CORTÉS.

Muchos miles, y soy el menor de ellos.
Ved quanto es su poder y su grandeza.

MOTEZUMA.

¡Feliz monarca é invencible!

CORTÉS.

Es cierto:
Pero sabed que vuestra noble oferta,
No para mí, para mi rey acepto.
Reynad dichoso siglos infinitos;
Pero haced un solemne juramento

Delante de los grandes y la corte,
De que sereis su tributario, y luego
Que la vida acabeis (que Dios prospere)
Han de ser suyos todos estos reynos.
En libertad quedais, podeis pensarlo,
Y consultad con vuestros consejeros. 1

ESCENA IV.

UN SOLDADO *Y LOS DICHOS.*

Los grandes y ministros han llegado.

MOTEZUMA Á CORTÉS.

Espera, y de una vez todo acabemos.
Tu voz es una ley que me sujeta,
Y que aunque quiera resistir no puedo.
Venciste, hombre inmortal, mas que con armas,
Con tu prudencia, tu virtud é ingenio.
Que entren todos. Y vos, querida esposa,
Disponeos para hacer nuestro regreso
Al palacio imperial. 2

ESCENA V.

CACUMOCIN, GUATIMOCIN, TEUTILE, PILPATOC, QUETTAVACA, DOS HIJOS DE MOTEZUMA Y LOS DICHOS. 3

CACUMOCIN.

Ved mi esperanza: 4
Disimulo: obras prontas, y silencio. 5

1 En ademan de irse.
2 Retirase la Emperatriz.
3 Cacumocin les enseña un puñal con mucho recato á Guatimocin y á Quettavaca que entran los últimos.
4 A los dos.
5 Siéntanse todos por su órden, y Cacumocin junto á Cortés.

MOTEZUMA.

Ilustres ciudadanos, hijos mios,
Cuyo valor, virtudes y talentos
En los negocios grandes del estado
Me ayudan á llevar el grave peso.
Cárlos, monarca augusto del oriente,
Hijo del sol, cuyo poder inmenso
Respetan humilladas las naciones
Que con manto de estrellas cubre el cielo,
Es el invicto rey que han prometido
Nuestros dioses sagrados á este imperio.
Todos somos testigos, y hemos visto
Horrorosos prodigios y portentos
Con que el Omnipotente nos ha hablado
Y predicho terrible un fin funesto,
Poniendo por intérpretes leales
De su alta voluntad los elementos:
En el ayre unas voces espantosas
Han esparcido aquí terror y miedo.
La fecunda laguna que nos cerca
Agitada por un secreto fuego,
Se ha visto hervir fenómeno tan raro,
Del que en nuestros anales no hay exemplo:
De noche en mil cometas luminosos,
Al tímido mortal sobrecogiendo,
La cólera de Dios que le amenaza,
Cree que en ellos ve monstruos horrendos,
Que traen escritas en su negra frente
Muertes y guerras, y combates fieros.
¿Que significa?

CACUMOCIN.

Proteccion divina,
Yo así tantas señales interpreto. [1]

[1] Con viveza.

¿Ese aviso del cielo anticipado
No es un favor que nos está diciendo:
Prevenios mexiçanos, quando lleguen
De remotas regiones extrangeros?
Por medio de una guerra sanguinaria,
Desvaratad sus bárbaros proyectos,
Si quereis conservar vuestros hogares,
Sangre y las armas solas han de hacerlo.

CORTÉS.

Yo tu valor admiro, noble jóven;
Pero todo valor es imperfecto
Sin ciencia ni virtudes, ellas solas
Marcan brillantes el heroyco esfuerzo.
Ved aquí el triste orígen del desórden
Que en estos pueblos infelices vemos:
Aquí los hombres por fatal destino
El rayo hermoso de la luz no viéron,
Que reparte la antorcha fulminante
De la sabiduría, don del cielo:
Cubiertos siempre de las negras sombras
De una ignorancia eterna, no hay exceso
Que impunes no cometan, las venganzas
Duran en las familias todo el tiempo
Que dura la memoria del agravio;
Y no conocen el rigor severo
De la ley que jamas perdona el crimen.
¿Que ha de hacer un estado tan grosero,
Sin las reglas escritas que enseñáron
La práctica, y mil sabios con su zelo?
No lo dudeis, de vuestra suerte adversa
Ha llegado á apiadarse el ser eterno:
Yo os anuncio en su nombre las virtudes,
Otra moral, gobierno mas perfecto;
Y quando hayais probado que las letras
Son manantial de dichas y consuelos;

Quando ellas os enseñen los errores
Que á vuestros padres han tenido ciegos,
Y suavicen las bárbaras costumbres
Que deshonran del hombre el ser perfecto,
Bendecireis la mano poderosa
Que os da estos bienes de infinito aprecio.
En el gran Cárlos hallareis un padre
Que os mire á todos qual sus hijos tiernos.
Dispensadme el dolor de que las armas
Decidan este asunto: estoy resuelto
Á dar fin á esta empresa por la gloria
De patria y rey que viven en mi pecho.

MOTEZUMA.

Basta, español: escucha lo que digo:
Yo juro por los dioses....

GUATIMOCIN.

Deteneos,
Y permitid que algunas reflexîones
Interrumpan, señor, vuestros acentos.
Vos sabeis, y el imperio todo sabe
Que esta corona es del valor el premio.
Los mexicanos, hijos de la guerra,
Esta eleccion prudentes dispusiéron,
Para que siendo rey el mas valiente,
Defienda fuerte, y dé esplendor al reyno.
¿Pues como, gran señor, siendo electivo
Quereis privarnos de tan gran derecho,
Y quitarnos las dulces esperanzas
De reynar y de hacer por merecerlo?
Si este estímulo falta, con él mueren
El valor y los grandes pensamientos.

CORTÉS.

Te engañas: el valor nunca ha faltado

Donde los tronos tienen herederos.
Aquí es una pasion feroz y ciega
Que mueve el egoismo, y cuyo objeto
No es el bien general de los humanos,
Sino vuestro interes, y engrandeceros:
Allí es una virtud, y tan sublime,
Que en vez de las coronas y los cetros,
Que nos deslumbran mas que satisfacen,
Busca fama inmortal y nombre eterno.
Sobre tan noble base sus prodigios
Glorioso ha desplegado en todos tiempos,
Y amor al rey, y patria, y ciudadanos
De sus empresas son el fundamento.
¿Que bien le ofrece en electivos tronos
Al infeliz, al despreciado pueblo?
Que su sangre derrame en los partidos
Que el poder forma ó un atrevido genio;
Y la muerte de cada soberano
Que abrevian las ponzoñas ó el acero,
Es para las naciones infelices
De crísis y peligros el momento.
Abreviemos razones, y oid mis voces,
Pues ya de nuestra gloria llegó el tiempo.
México es del invicto Cárlos Quinto:
Viva, viva feliz siglos eternos.
En libertad estais: ó sumisos,
Haced de obederle el juramento,
O preparaos á que una guerra dura
Firme consagre lo que os he propuesto.

MOTEZUMA.

No, yo lo juro por los dioses santos,

1 Al decir esto se levanta Cortés, y suenan tres cañonazos, uno detras de otro: las caxas tocan dentro marcha, y de cada bastidor se desplegará una bandera con las armas españolas.

Y reconozco su poder excelso.
Mi corazon se humilla al alto nombre
Del vencedor de oriente, que respeto;
Y en tanto que bendigo mi exîstencia
De lás deidades el favor supremo,
Sellaré mi obediencia con tributos
Que dignos sean de tan ilustre dueño.
Mexicanos, así vuestro monarca
Lo promete, seguid todos su exemplo.

TODOS MÉNOS CACUMOCIN.

Y todos lo juramos.

CACUMOCIN. [1]

Pues que todos
A ese Cárlos le haceis tan justo obsequio,
Yo tambien juro al Dios de las batallas,
A cuyo ardor divino me encomiendo,
Que he de ser fiel á todas mis promesas.
Miéntras respiro este vital aliento,
Mis votos escuchad, monarca augusto,
Y vosotros gloriosos compañeros:
Yo juro por la sangre que me anima,
Por el honor que inspira grandes hechos,
Por el luciente sol que fecundiza
Con sus rayos de vida el universo,
Por los númenes todos celestiales,
Y los que habitan el profundo averno,
Que aplacaré su cólera irritada
Vengando las injurias que le han hecho,
Y la patria abatida: dadme fuerzas:
Esta es la primer víctima que ofrezco. [2]

1 Se levanta.
2 Saca el puñal, y al tiempo de darle á Cortés con indignacion, le coge Cortés el brazo, y le quita el puñal. Quando Alvarado y Sandoval ven esta accion, echan mano á las espadas; pero Guatimocin y Quettavaca les cogen los puños, y de esta manera les quitan la accion.

CORTÉS.

¿Que haces, bárbaro?

CACUMOCIN.

¡Ah! ¡pese á mi fortuna,
Que se opone cruel á mis intentos! 1

ESCENA VI.

CORTÉS.

Traicion, traicion: al arma, capitanes. 2

ALVARADO.

¿Os ha herido?

CORTÉS.

No, gracias al cielo.

SANDOVAL.

Esta y otras perfidias semejantes
De estos indios incultos esperemos.

MOTEZUMA.

¡Ah, quanto siento, amigo, quanto lloro
Las acciones de un jóven indiscreto!
Y aunque siempre temí de sus arrojos,
Nunca creí tan grande atrevimiento;
Pero la ofensa es mia, y el ultraje
Que á mi presencia y mi decoro ha hecho,
Yo sabré castigar inexôrable
Qual corresponde á mi alto ministerio.
Traedle....

1 Váse con Quettavaca y Guatimocin por la habitacion de Motezuma.

2 Las caxas tocan dentro llamada.

ESCENA VII.

LA EMPERATRIZ *APRESURADA,*
Y LOS DICHOS.

¡Ah, dulce esposo! ¡quantos males
Nos asaltan si aquí nos detenemos!
Huyamos de mansion tan horrorosa,
Amenazada de terribles riesgos.
Huyamos pronto.

CORTÉS.

Nada á nuestro lado
Debeis temer, pues nos protege el cielo.
Ese traydor que atropelló las leyes
Que hacen sagrado el sitio de un congreso,
Y profanó la augusta real persona
De su monarca con borron tan feo,
Ya no podrá salir de este palacio....

EMPERATRIZ.

¡Como te engañas! en el grande templo
Dexó mil mexicanos á la frente:
Está ya vuestra muerte previniendo.
Una mina secreta que á él conduce
Desde el obscuro y retirado centro
De esta morada, sirve de camino
Para facilitarle sus proyectos.
El sumo sacerdote que os detesta,
Y el plan ha meditado de perderos,
Este conducto oculto para todos
Ménos al rey, ha revelado fiero.
Apénas os dexé en la conferencia,
Y á esperar me retiro á mi aposento,
Quando de doce nobles mexicanos

Que el mismo sacerdote iba rigiendo,
Me veo rodeada: ¿y vuestro esposo,
Preguntan irritados, que se ha hecho?
¿Donde está nuestro rey? Aquí venimos
A libertarle, ó á morir resueltos,
Pues que nuestra lealtad así lo inspira.
En esto los tres príncipes saliéron
Con rostro de amenazas y de furias:
Al templo, dicen, vamos al gran templo,
Donde el valor nos llama y nuestra gloria;
Y por el mismo subterraneo huyéron.

ALVARADO. [1]

De un noble ardor me siento poseido:
Suene de Marte el horroroso estruendo:
Venguemos quanto ántes tal injuria,
Con sangre laven sus tradyores hechos,

CORTÉS.

Ya es preciso: no basta la blandura.
No me hagais responsable, ó Dios inmenso,
De sus desgracias; ellos lo han querido:
Y pues que buscan el peligro ciegos,
Entre sus garras mueran obstinados
Ya que de la razon no oyen los ecos.
Aquí te quedas, Sandoval amigo,
De huéspedes tan altos compañero:
Haz que se cierre la funesta mina
Que fio á tu valor con este puesto.
Vamos á pelear, no por nosotros,
Por la gloria de Dios y nuestro reyno.

MOTEZUMA.

Cortés, escucha.

1 En tanto que habla Alvarado se queda Cortés pensativo.

CORTÉS.

El fallo ya está dado.

ESCENA VIII.

MOTEZUMA Y LA EMPERATRIZ.

MOTEZUMA.

El rayo de esperanza se ha disuelto.
¡Ah! ¡que tarde conozco mi desgracia!
Un pueblo conmovido en menosprecio
De la suprema autoridad augusta,
No conoce á su rey. ¡Ah! ¡como siento
Que el tiempo del oráculo se acerca!
¡Fatales predicciones que mi pecho
Atormentais, verdugos inhumanos,
Dexadme descansar solo un momento!

EMPERATRIZ.

¡Que terribles ideas!

MOTEZUMA.

Mi corona....
Mi vida, mi poder, todo es objeto
De algun dios irritado: ¡cruel destino,
Tarde me enseñas que el poder terreno
Es humo, es nada, es una sombra vana
Que huye, y nos burla á lo mejor del tiempo!

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

MOTEZUMA Y SANDOVAL.

MOTEZUMA.

Ya el tumulto parece se sosiega,
Y un profundo silencio ha sucedido
Al clamor popular que por el viento
Sus voces esparcia y fuertes gritos.
Vuestras armas tambien, que de la muerte
Siempre que suenan son fieros ministros,
Y en los estragos prontos, semejantes
Al veloz rayo, al trueno en el ruido,
No se escuchan tampoco; anuncios todos
De las desgracias de este pueblo altivo.
Yo indagaré la causa, y los autores
La pena pagarán de su delito.
Bien pueden conocer de mi justicia
El golpe inexôrable; bien han visto
Desde que por decreto de los dioses
La real corona en mi cabeza ciño,
Que jamas perdoné los desacatos
Que empañan de mi trono el alto brillo.

SANDOVAL.

Señor, en tan audaces movimientos
Entran sin duda grandes enemigos.
Los príncipes que aspiran al imperio
Ocultan en la calma los designios,
Que entre las explosiones mas terribles
Descubren quando el hado creen propicio.

La rebelion presente no es la obra
De la casualidad, ni la ha movido
El pueblo por sí solo, incapaz siempre
De un plan bien ordenado en sus principios.
Aquí hay un gefe ó gefes poderosos
Que mueven en secreto los registros
De esta trama sagaz osada y pronta.

MOTEZUMA.

Sea qual fuere la causa, determino
De mi severidad dexar memoria
Que exemplo sea en los futuros siglos;
Aun quando la lealtad la haya inspirado,
Y aun siendo tambien cómplices mis hijos.
Armar al pueblo sin licencia mia
Contra la magestad es un delito,
Que una vez sola perdonado, puede
Fomentar otros en lo sucesivo.

ESCENA II.

LA EMPERATRIZ Y LOS DICHOS.

EMPERATRIZ.

Observadora atenta del suceso,
Gracias al cielo, sosegada miro
La conmocion violenta que hace poco
Agitado tenia el pecho mio.
Vámonos pronto, esposo, no perdamos
El momento precioso del destino.

MOTEZUMA.

Sí, esposa, nos iremos en llegando
El español, es justo despedirnos.

EMPERATRIZ.
¡Ah, señor! yo no sé lo que presiente
Mi corazon en este horrible sitio:
Miro la sangre que inocente corre
Delante de mis ojos atrevidos,
Y sangre tan preciosa para el alma
Que al pensarlo tan solo me horrorizo.
Algun Dios favorable me ilumina;
La ilusion me hace ver su eco divino:
Salgamos de mansiones donde el cielo
Nos presenta la imágen del peligro.

SANDOVAL.
No temais, gran señora, de nosotros
Ni engaños ni traicion: hechos amigos,
Convertiremos todo nuestro esfuerzo
En sostener vuestros derechos mismos.
Mi general, tan noble como heroyco,
En fin glorioso habiendo conseguido
La púrpura imperial que hoy os adorna,
Os sostendrá si así lo ha prometido.

MOTEZUMA.
Aun para sostenerla solo basto. 1

ESCENA III.

SANDOVAL.
Con impaciencia estos momentos vivo,
Hasta saber las glorias y trofeos
Que la fortuna próspera ha ofrecido
De nuevo á nuestras armas vencedoras.
¿Que premio será digno del caudillo

1 Vase con la Emperatriz.

Que dirige una empresa tan dificil
Con tanto acierto y triunfos repetidos?
Si el hombre se lo niega, sus acciones
A la inmortalidad le abren camino,
Y el mundo le verá en el mismo trono
Entre Alexandros, Césares y Ciros.
Pero ya llegan. 1

ESCENA IV.

ALVARADO, DÁVILA, LUGO, VELAZQUEZ, Y EL DICHO.

SANDOVAL.

Amados compañeros,
Por el semblante vuestra suerte envidio.

ALVARADO.

La victoria marchaba á nuestra frente,
Y llenó de terror al enemigo.
Ya los habia estrechado Andres de Duero
En el lugar que les servia de asilo,
Quando llegó Cortés, y como el rayo,
De nubes tempestuosas despedido,
Nada estorba á su brazo poderoso
Para subir al empinado sitio,
Que á adoratorio, y á ciudad domina:
Su fuerza y su valor á Marte mismo
Llenado hubiera de terror y espanto;
Tal fué el estrago de su acero invicto:
Cien escalones de lucido mármol
Al pináculo llevan del impío
Templo, donde su ciega idolatría

1 Suenan las caxas.

De sangre humana ofrece sacrificios,
¡O providencia eterna! Todos ellos
Quedan de sangre pérfida teñidos.
La espada en una mano, y en la otra
Una daga de acero puro y limpio,
Hacian de la parca inexôrable
En su obstinado pecho el triste oficio.
Sangre quereis, ¡ó bárbaras deidades!
Hartaos de sangre en alta voz les dixo.
Pero nunca su vida generosa
Mas cerca se miró del precipicio:
Dos jóvenes robustos y valientes,
Del amor á la patria exemplo digno,
Se abrazáron con él para arrojarse
Por la altura mayor del edificio,
Seguros de morir con tal que él muera;
Pero Cortés sereno en tal conflicto
Con sus hercúleas fuerzas los despide
En las mismas orillas, y atrevidos
Ellos cayéron hechos mil pedazos,
Y él quedó libre por favor divino.
Luego toma y tremola una bandera
Que esmaltan los leones y castillos:
La clava en sus murallas, profiriendo,
Españoles, *que viva Cárlos Quinto.*
Juremos mantener estas señales
Para honra eterna del español brio;
Y este lugar horrendo consagrado
Del mismo lucifer al culto iniqüo,
Purificado de las negras manchas
Con que un error brutal se ha envilecido,
Ofrezcamos al Dios omnipotente
Que nuestra redencion obró benigno.
En esto ya los mexicanos todos
Escarmentados huyen, y él tranquilo
Se queda fuera enmedio de la tropa,

Qual tierno padre entre sus dulces hijos....
Pero él llega.

ESCENA V.

CORTÉS Y LOS DICHOS.

CORTÉS.

¿Y el rey que se ha hecho?
Decid que salga. [1]

ESCENA VI.

LOS DICHOS.

CORTÉS.

Compañeros mios:
El que empieza una accion, y no la acaba,
El resplandor no ve del heroismo.
Ya hemos llegado al término glorioso
De nuestros pensamientos, y es preciso
O triunfar ó morir en la demanda
Que es de nuestra venida el gran principio.
Puesto en insurreccion México todo,
No desmaye á su vista nuestro brio,
Pues no triunfa con gloria el que no vence
En sus empresas el mayor peligro.
Se ha retirado el pueblo, es evidente;
Mas me temo, que luego enfurecido
Con fuerzas mas enormes nos asalte
Por vengar el oprobrio en que se ha visto:
Y aunque le hemos cogido algunos gefes
Que esta revolucion mueven altivos,
Un pueblo amotinado es una hidra

1 A Sandoval que va á avisar.

De cien cabezas, es un monstruo altivo,
Que si una se le corta, de su sangre
Le nacen otras ciento á un tiempo mismo.
Cada uno de vosotros guarde el puesto;
Por el honor y su deber prescrito,
Pues ahora nos anima el doble empeño
De conservarle al rey estos dominios,
Y afirmar en su trono á Motezuma,
De Cárlos tributario y fiel amigo.

ESCENA VII.

MOTEZUMA *Y LOS DICHOS.*

Generoso español, ven á mis brazos,
Porque en ellos se sacie mi cariño.

CORTÉS.

Ya queda sosegado el alboroto,
Y á vuestro real palacio podeis iros.
Contad con el valor de mis soldados,
Que fieles seguirán vuestro partido.

MOTEZUMA.

Sí, Cortés; pero escucha mis consejos:
Dexa á mi autoridad el reducirlos.
Su corazon feroz verás que cede
A vista de su rey, cuyo destino
En tan inopinados movimientos,
Mas que su deslealtad les ha movido;
Tú puedes retirarte, pues le llevas
Tantas provincias á tu rey invicto.
Recoge al mismo tiempo los presentes
Que á su poder le tengo prevenidos;
Y para ti tambien señalo dones
De tu valor y mi grandeza dignos.

CORTÉS.

De vuestra liberal magnificencia
Sin tales pruebas voy bien persuadido;
Y ántes vereis un noble prisionero [1]
De mi victoria fruto distinguido.

ESCENA VIII. [2]

LOS DICHOS.

MOTEZUMA.

En fin, de tus traiciones y violencias
Los altos dioses quieren el castigo:
No eres mi sangre, no, ni puedes serlo;
Eres un monstruo del profundo abismo,
Que á la sagrada magestad ofendes,
Atizando el furor de un pueblo esquivo.

CACUMOCIN.

No ultrajeis, gran señor, mi noble sangre
Con nombres y dicterios de mí indignos:
Si libertar vuestra persona augusta
Es accion fea, ese es mi delito.

MUTEZUNA.

¿Y haber querido en mi imperial presencia
Asesinar á mi mejor amigo
No es un insulto que el exceso prueba
De tu desobediencia y tus designios?
No, la severidad de mi justicia
En tu vil proceder dará principio,
O entregarte será mas acertado

I Hace una seña.
I Sacan á Cacumocin con cadenas.

En las manos de aquel que has ofendido.
Ahí le tienes, pronuncia la sentencia,
Véngate de tu agravio y de los mios.

CORTÉS.

Pues que vuestra justicia me autoriza,
Espero os conformeis con mi juicio.

CACUMOCIN.

¿Y que necesidad tuviste nunca
Para mandar de tu imperial permiso?
Siempre que se suplica amenazando
Es de una oculta autoridad indicio;
Así desde que entraste en esta corte
Tus proyectos recónditos he visto:
Bien he clamado ante su real presencia,
Que tus engaños viera, y mis avisos,
Mirados qual de un jóven imprudente,
Solo un desprecio vil han merecido.
Mas viendo realizados mis temores,
Y á la patria entre males infinitos,
Ya no quiero vivir, dame la muerte:
No creas que á su aspecto me horrorizo;
Antes por no vivir en el oprobrio,
Por sumo bien magnánimo la elijo;
Y si no muero, sabe que les juro
A las deidades santas del Olimpo,
Que si mil veces la ocasion se ofrece
De derramar tu sangre, haré lo mismo;
Y advierte mas, aun quedan en el reyno
Que piensen como yo, millares de indios.
Este es nuestro deber el mas sagrado,
Pues para que los dioses sean propicios
Nos piden sangre humana en sus altares
Por la voz del oráculo divino.

CORTÉS.

¿Eso quieren tus dioses inhumanos?

CACUMOCIN.

Sí.

CORTÉS.

Atiende lo que á mí me manda el mio.
Que te perdone todos mis agravios,
Y mas, que te ame, y te haga beneficios.
Ya estás libre: quitadle esas cadenas. [1]

MOTEZUMA.

Tanta grandeza de alma no concibo.

CACUMOCIN.

¡Que confusion!

MOTEZUMA.

Pues quando á Qualpopoca...

CORTÉS.

Hay gran distancia de este á aquel delito,
Este me ofendió á mí, yo le perdono;
Aquel, los pactos que hay establecidos
Para el órden social, y en este caso
Nadie de perdonarlos tiene arbitrio.

MOTEZUMA.

Oye, sabiduría, y mira al hombre
Que has ultrajado en tu feroz delirio;
Pero no has de quedar del todo impune.
El cetro y la corona que ha ceñido

1 Se las quitan.

Hasta este tiempo tu orgullosa frente
A otro mas fiel concederé benigno.
Vete de mi presencia.

CACUMOCIN.

¡Eternos dioses,
Que humillacion! No sé como respiro.

ESCENA IX.

LOS DICHOS.

CORTÉS.

Gran señor, estos nobles sentimientos,
En este imperio nunca conocidos,
La santa religion del Dios que adoro
Manda imperiosa á quantos la seguimos:
Una moral sublime es conseqüencia
De su plan celestial, código escrito
Desde ab eterno por la misma mano
Del inmortal en nuestro beneficio.
Aun en las guerras donde el fiero Marte
En sangre y muertes ceba su cuchillo,
Quando el ardor pasó de la batalla,
Vuelve la humanidad á hacer su oficio:
Se trata al prisionero con dulzura,
Con amor fraternal á los heridos:
Al punto que la paz la bella aurora
Anuncia al mundo con su verde olivo,
Vuelven á sus hogares deseados
Y al dulce seno de su esposa é hijos:
Estas dulces costumbres nos inspira
De nuestro Dios el culto peregrino.
¡Si supierais, señor, quantas virtudes! 1

1 Con dulzura, y agarrándole la mano.

Todas en grado heroyco ha promovido
Desde que se ha anunciado entre los hombres.

MOTEZUMA. [1]

No, no, Cortés, por la amistad te pido
No me propongas nunca que abandone
De mis deidades los sagrados ritos.

CORTÉS.

¡Que ceguedad! Mandadle desde el cielo
De vuestra gracia, ó Dios, un soplo activo.

ESCENA X.

MOTEZUMA.

Oid mis votos, dioses sacrosantos,
Y de mis males en el hondo abismo,
Ya que el imperio pierda, no vacile
El respeto piadoso con que os miro.

ESCENA XI.

LA EMPERATRIZ Y EL DICHO.

EMPERATRIZ.

La cólera implacable de los dioses,
Señor, contra nosotros se declara:
Mi corazon con tristes vaticinios
Me anuncia solo males y desgracias:
Y estos son los momentos horrorosos
En que mas su terror me sobresalta.

MOTEZUMA.

¡Que nuevas desventuras!

1 Con indignacion.

EMPERATRIZ.

Las mas grandes,
Y jamas de nosotros esperadas.
Segunda vez el pueblo enfurecido
Se dirige hácia aquí con amenazas.

MOTEZUMA.

El peso sentirá de mi justicia.

EMPERATRIZ.

Me parece, señor, que ya no alcanza:
Entre la multitud y horribles gritos
He escuchado, si el pecho no se engaña,
Que despreciando vuestro augusto nombre...

MOTEZUMA.

¡Será posible! ¡Mi poder ultraja!

EMPERATRIZ.

Al extremo mayor creo ha llegado
De su infiel corazon la fiera audacia.
No conocen al gande Motezuma,
Y á otro rey en su cólera proclaman.

MOTEZUMA.

¡Como! ¡viviendo yo! tiemblo de ira.
Teme, pueblo infeliz, mi justa saña.
Cortés....

ESCENA XII.

CORTÉS, ALVARADO, SANDOVAL, Y LOS DICHOS.

CORTÉS.

Cortés, señor, está contigo:
Nada temais, que vuestras son mis armas,
Pues previendo estos nuevos alborotos,
Di las disposiciones necesarias
Para oponerme á su atrevido arrojo,
Y castigar su obstinacion osada.
Vamos á añadir triunfos, compañeros,
Que ilustren mas nuestra gloriosa fama. 1

MOTEZUMA.

Deteneos, amigos, y probemos
Si mi aspecto y dulzura los desarma.
Algunas veces con suaves medios
Mas que con la aspereza se adelanta.
Sacadme los adornos mas preciosos
Que hacen brillar la magestad sagrada.
Yo me presentaré con la real pompa
Y todo el aparato de monarca:
Yo hablaré á mis soldados: aun conocen
A su señor; y aun creo que le aman.
No tiembles, corazon. 2

EMPERATRIZ.

¿Que haces, esposo?

1 Desenvaynando las espadas, y en ademan de irse.
2 Salen con todos los adornos imperiales que le irán poniendo.

MOTEZUMA.

Creo que así mi dignidad lo manda. [1]

EMPERATRIZ.

No os expongais; mirad que es vuestra vida,
Mas que el reyno preciosa para el alma.
Español generoso, no permitas
Que se presente á la furiosa rabia
De ese pueblo que ciego ha sacudido
La ley de la obediencia sacrosanta.

CORTÉS.

Si esperais, gran señor, que á vuestra vista
Cese la conmocion que nos alarma,
Salid á ese balcon, desde él podeis
Sin riesgo, y en la justa confianza
De nuestro apoyo, hablar á esos infieles.
Que vengan dos soldados de mi guardia,
Que á vuestro lado os sigan, y autorizen
Con Pedro de Alvarado.

MOTEZUMA.

¡Suerte ingrata, [2]
Que humillacion me ofreces!

1 Con entereza.

2 Salen los dos soldados, que se ponen uno á cada lado del Emperador. Alvarado irá delante, y su comitiva de Indios detras, y todos se dirigirán por la habitacion de Cortés.

ESCENA XII.

LA EMPERATRIZ, CORTÉS Y SANDOVAL.

EMPERATRIZ.

No abandones,
Español generoso, nuestra causa.
Temo de su furor las conseqüencias,
Pues nuestra historia ya se ve manchada
Con el borron sacrílego é inhumano
De haber dado á sus reyes muerte infausta.
Su bárbaro carácter no conoces,
Su obstinacion, ferocidad y rabia:
Quando se irrita en un empeño injusto
Ni la naturaleza, ni la patria,
Ni ningun sentimiento de ternura
Sujeta su pasion desenfrenada.
Morirán sí: pero ellos insensibles
Con muertes ni con sangre se acobardan.
Espirar han de ver ante sus ojos
A su padre, á su amigo entre mil ansias,
Sin que su corazon empedernido
Con tan triste espectáculo se abata;
Y aun quando el hambre, y la sangrienta guerra
Les quite de vivir toda esperanza,
Aun quando vean que su tierna esposa
Por falta de sustento desmayada
A sus pies cae pálido esqueleto,
Con el hijo infeliz, que en vano trata
De sacar de sus pechos maternales
El xugo de la vida que le falta.

CORTÉS.

¡Que horror, señora!

EMPERATRIZ.

Siempre mas tenaces
Seguirán sus ideas de venganza:
La languidez pintada en su semblante
Les quitará la fuerza, no su rabia;
Y expondrán á la vista de los hombres
En medio de las calles y la plaza
Millares de cadáveres humanos
Que infesten la ciudad y su comarca.
De su ferocidad con este triunfo
Aun no se ablandarán sus duras almas.
Este es el mexicano: ¿que podemos
Esperar de nacion tan obstinada?

CORTÉS.

¡Quanto conmueve mi sensible pecho
De esa pintura la memoria amarga!
¡Quando querrán los hombres que la gloria
Se funde en dar la vida, y no en quitarla! 1

ALVARADO.

Huid, señora, de este horrible sitio,
De vuestro triste llanto triste causa.

CORTÉS.

¿Que sucede?

EMPERATRIZ.

¡Ah! que ya me lo presumo.
¡Mi esposo! ¡El rey! ¡Deidades inhumanas,
No sois aquellos seres inmortales
Que á los hombres benéficos amparan!

1 Alvarado en ademan de suma tristeza, y fixando su vista en la Emperatriz, procura apartarla con compasion.

No: que sois monstruos del profundo abismo
Que inspirais el desórden y desgracia.
¿Que podeis ser quando pedis impíos
Que de sangre se sacien vuestras aras,
Protegiendo delitos horrorosos
Que vuestra ley cruel é injusta manda?
Yo os detesto, y detesto vuestro culto;
Otra luz corre el velo á mi ignorancia.
Habla español, que todo lo he previsto:
Aunque débil muger desventurada,
Tengo el pecho hace tiempo preparado
Para sufrir los males con constancia.
Tambien en este suelo hay heroinas.

ALVARADO.

Salimos, y al mirar á su monarca
Todos los mexicanos se humilláron
Hasta la tierra, y tiran con las armas:
El grande Motezuma con aspecto,
Donde el agrado y magestad resaltan,
Observa un rato, y mira á todas partes,
A muchos ve que por sus nombres llama.
Pide atencion, y en el mayor silencio
Rendidos escucháron sus palabras.
Mexicanos, les dice, hijos queridos,
¿A que es este desórden que os degrada?
¿Podré creer que en vuestros nobles pechos
Ya no hay amor, y la lealtad os falta?
No pienso haceros tan enorme injuria:
No dudo de que aun vive en vuestras almas
Una fidelidad que habeis jurado
Ante el cielo y los hombres al monarca.
Yo lo soy vuestro, y como tierno padre,
No tan solo os perdono, os haré gracias,
Y os llenaré de tantos beneficios
Que os hagan bendecir mi mano franca.

¿Pensais que aquí me hallo con violencia?
Dexad las ilusiones que os engañan:
Vuestro rey está libre, y solo espero
Que de mi corte el extrangero salga
Con el honor que es digno de mi trono,
Y conviene al gran rey que aquí le manda.
Pero en esto una voz tumultuosa
De en medio de la turba se levanta,
Y pronunció sacrílega, cobarde,
Ya no eres rey, los cielos lo declaran;
Y en un momento dardos y saetas
Le disparáron con violencia tanta;
Que hiriendo su alta frente y pecho heroyco,
Cayó teñido en sangre á nuestras plantas.

EMPERATRIZ.

¡Eterno Dios!

CORTÉS.

Señora, yo os suplico
Que os retireis de esta cruel morada,
Pues no podreis sufrir la triste escena
Que á vuestro amante pecho se prepara.

EMPERATRIZ.

Quiero ver á mi esposo, y consolarle.

CORTÉS.

Señora, por vos misma: acompañadla. [1]

EMPERATRIZ.

¿Aun me quereis privar, hombres crueles,
De abrazar de mi rey la sombra amada?
Si hay un Dios justo que gobierna el mundo

[1] Sandoval y Alvarado la acompañan hasta la puerta.

Él de esta sangre tomará venganza:
Yo te veré acabar, pueblo inhumano,
Qual merece tu bárbara inconstancia.

ESCENA ÚLTIMA. [1]

CORTÉS.

Este es el triste fruto de naciones
Sin cultura, ni fe, ni leyes sabias;
Y la naturaleza se horroriza
De ver su especie con tan negras manchas.
¡Ah, señor! ¡que dolor!

MOTEZUMA.

¿Tiemblas, amigo,
Porque miras mi sangre derramada? [2]
Sí, conozco tus nobles sentimientos, [3]
Y que esta accion tu corazon traspasa.
Pero ese pueblo vil, esos vasallos,
Que ingratos y perjuros así ultrajan
Las leyes mas sagradas de la tierra,
Y regicidas bárbaros se infaman,
Mi maldicion eterna los persiga:
Jamas hallen alivio á sus desgracias,
Vean perecer ante sus mismos ojos
Las dulces prendas de su pecho amadas:
Un arrepentimiento inútil les devore,
Y un dolor triste abrase sus entrañas:
Mueran rabiando entre tormentos fieros
Como yo muero entre mortales ansias.
Noble español, escucha mis acentos:

1 Cortés apénas acaba los dos versos, ve que sale Motezuma apoyado en los dos españoles, le sale al encuentro, y le ayuda á sentar en la silla.
2 Mira con cuidado á todas partes por si ve á su esposa.
3 Con dulzura.

Aun puedes consolarme en pena tanta,
Y volverme la paz en este estado. 1
¿Ves esta sangre? júrame vengarla.

CORTÉS.

Vengaré la amistad.

MOTEZUMA.

¡Ah, dulce amigo!
Mis hijos, mi muger.... 2

CORTÉS.

Injusto pueblo,
La cólera del cielo te amenaza.

1 Pásase la mano por la frente, y se la presenta llena de sangre á Cortés.
2 Con ternura, y casi sin aliento.

F I N.

Advertencia del autor.

Hallándome ausente al tiempo de la impresion de esta obra, advertí, quando ya era imposible corregirse, las erratas siguientes, de las quales algunas quitan al verso la medida, y otras el verdadero sentido. El lector disimulará estos defectos.

ERRATAS.

Pág.	*Vers.*	*Dice.*	*Debe decir.*
2	25	Y acaso la serenidad de su gran pecho	Y acaso con la calma de su pecho
3	17	Aun no conoces	Aun no conoce
6	8	El grande Motezuma por mí os dice:	El grande Motezuma por mí os dice
Id.	15	del soberano,	de soberano,
Id.	16	Es prueba	En prueba
Id.	20	Y sienta el duro y el enorme peso	Para que sienta el duro enorme peso
11	2	Pedro el Arguello	Pedro de Arguello
14	últ.	Cacumocin, animaos, es la causa	Cacumocin anima, y es la causa
18	20	gozo tan inmenso	gozo tan intenso
22	3	de su mision	de mi mision
23	últ.	y en la misma pompa	y en la mayor pompa
27	1	Y mi palabra:::	Mi palabra:::
29	8	en Xaidory,	los traydores,
37	21	ya hemos pensado	ya hemos probado
39	18	sus frases	con frases
40	6	¡Oh! recobrad	O recobrad
Id.	8	U ocultaros	U ocultaos
43	3	llenó de asombro:	lleno de asombro
44	21	Que nos cubre, y	Que nos encubre
Id.	31	Llevad	Llevar
48	6	Y consultad	Y consultar
49	26	Cree que en ellos ve	Cree que en ellos ve: